

LA LÓGICA Y LA SEMÁNTICA EN TOMÁS DE MERCADO

PLANTEAMIENTO

A continuación trataré de Tomás de Mercado, filósofo y teólogo andaluz que estudió y enseñó en México, después perfeccionó sus estudios en Salamanca y extendió, a través de sus escritos, la presencia de la universidad salmantina en América. Hablaré primero del autor y de la obra. Después abordaré al autor que comenta, que es Pedro Hispano; luego veremos, como muestras de los contenidos que hay en su trabajo lógico-lingüístico, su teoría del signo y su teoría de los términos metafóricos. Ellos nos servirán para hacernos una idea de la riqueza lógico-sintáctica, semántica y pragmática de la obra de Mercado. En efecto, la teoría del signo es siempre una muestra de la potencia explicativa de una lógica y una semiótica, y la teoría de la metáfora no es sino la aplicación de esa lógica-semiótica al problema más difícil, radical y crucial de estas disciplinas: es donde se ve la fuerza explicativa de cualquier teoría del lenguaje.

Tomás de Mercado nació en Sevilla, sin que se haya podido precisar la fecha, que debió ser a principios de la década de los veinte del siglo XVI, hacia 1523¹. Pasó a México y allí entró a la Orden de Predicadores (dominicos) en 1552. Después de ordenado, en 1558, fue profesor en el colegio del convento de Santo Domingo, de México, hasta 1562. Luego fue enviado a perfeccionar sus estudios a la famosa Universidad de Salamanca. Posteriormente enseñó en la de Sevilla, donde además fue consejero de los mercaderes, la mayoría de los cuales realizaban su comercio hacia América. De ahí su obra de moral económica *Suma de tratos y contratos* (Salamanca 1569), que ha llegado a ser un clásico de la economía. Pero también fue un gran lógico, que publicó (Sevilla 1571) unos *Comentarios lucidísimos al texto de Pedro Hispano* (es decir, a las tan conocidas *Sum-*

1 Para más información, cf. M. Beuchot - J. Íñiguez, *El pensamiento filosófico de Tomás de Mercado: lógica y economía*, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, Biblioteca Philosophica Latina Mexicana, n. 4, 1990.

mulae Logicales de ese autor). Había además un *Opúsculo de argumentos*, que era un apéndice de esta obra, a la que envió los problemas más difíciles y complejos de la lógica. Además, realizó una nueva traducción de la *Eisagoge* de Porfirio y de las *Categorías* y los *Segundos Analíticos*, de Aristóteles, del griego al latín, por lo que ocupa un lugar en la historia del humanismo clásico novohispano. Igualmente les hizo sendos comentarios. Regresaba a México, en 1575, cuando fue atacado por unas fiebres malignas que lo llevaron a la muerte, siendo sepultado en el mar frente a las costas de Veracruz. Su labor se extiende, pues, a España y México, y representa bien el alto nivel que se alcanzaba en sus colegios y universidades.

LA HERENCIA DE PEDRO HISPANO EN AMÉRICA

La obra lógica formal de Mercado consiste en un comentario al texto de las sùmulas de Pedro Hispano y en un grueso opúsculo de argumentos que han surgido de ese texto, problemas arduos y difíciles que merecieron un tratamiento aparte, tanto para no abultar la enseñanza destinada a estudiantes que principiaban como para darles la extensión que por sí mismos requerían. Así pues, vemos la presencia fuerte de Pedro Hispano en este autor que profesó en las aulas americanas, concretamente en el colegio del convento de Santo Domingo, de México.

La lógica de Pedro Hispano viajó a muchas partes. Sólo tocaré algunos aspectos de su paso al Nuevo Mundo, a la Nueva España, concretamente. En México, no mucho después de la derrota del imperio azteca, realizada por un puñado de conquistadores, alucinados por la fastuosidad y la riqueza de ese nuevo mundo, se empezó a enseñar la lógica, al trasluz de las sùmulas de Pedro el Español. En lo que antes fuera la inmensa ciudad de México Tenochtitlan, así como hubo misioneros del evangelio, hubo misioneros del saber, que transportaron la filosofía a esas tierras. El texto de lógica del Hispano llegó por medio de la famosa exposición de Domingo de Soto, que traía el texto de las sùmulas y lo iba comentando paso a paso.

Efectivamente, en 1540 se abre un estudio o colegio en el convento de Santo Domingo, de México, y se ordena que en la recién creada cátedra de artes se enseñe por las sùmulas de Soto. El catedrático era fray Pedro de la Peña, dominico. Situación curiosa. Peña había sido muy amigo de Soto, en San Esteban de Salamanca, y ambos fueron atraídos por el ideal de la predicación en tierras lejanas. El cronista de la provincia dominicana de Santiago de México, Agustín Dávila Padilla, cuenta cómo esa amistad por poco unió a los dos como misioneros. Domingo de Soto estuvo a punto de partir, con su amigo Pedro de

la Peña, a evangelizar las nuevas y desconocidas tierras, como tuvo que filosofar sobre originales e inéditos problemas. Pero él tuvo que quedarse en España. México estuvo muy cerca de haber tenido al gran Domingo de Soto, el mejor expositor de Pedro Hispano, en sus recién abiertas aulas indianas. Pero ¿quién conoce los designios de Dios? ¿Hubiera sido profesor, como Peña? ¿Hubiera sido predicador en alguna de las misiones dominicanas de Oaxaca o de Chiapas? ¿Hubiera, tal vez, regado con su sangre esas tierras para hacerlas fecundas en conversiones cristianas? Quién sabe. Lo cierto es que no fue, pero su amigo lo llevó con él, en su texto de lógica, y lo hizo misionar, y ser profesor, pues lo usó para enseñar en México la lógica de Pedro Hispano a aquellos hombres que combinaban el estudio profundo con una arrebatada y febril actividad misionera.

Otro fraile llevó también a Pedro Hispano, y también a través del libro de Soto, el agustino Alonso de la Vera Cruz, al convento de Tiripetío en Michoacán, y fue elaborando sus comentarios a las sùmulas, de la mano de quien había sido su maestro en Salamanca, el propio Soto. Además, la misma exposición que de Pedro Hispano hizo Domingo Soto fue el primer texto que se explicó en la naciente Universidad de México, en 1553. Esto hasta que Alonso de la Vera Cruz lo suplió con su propia obra de lógica, la primera editada en el Nuevo Mundo, la *Recognitio Summularum*, impresa en México, en la imprenta de Juan Pablos, el brisense, en 1554. Era un comentario a la obra de Pedro Hispano, que vivía y estaba presente en su texto, y había dado lugar a muchos avances en la lógica a través de innumerables comentarios nuevos, discusiones y aplicaciones. El propio fray Alonso hace caso de la reforma humanista, y depura la enseñanza de la lógica de Pedro el Español. *Recognitio Summularum* se llama su obra, esto es: *Revisión de las sùmulas*, porque éstas habían caído en numerosas discusiones estériles y había que limarlas. No dar motivo a las quejas de los humanistas. Volver de alguna manera al contenido original del Hispano. En el proemio de su libro increpa al maestro Fernando de Encinas, que con su ergotismo abstruso había despojado de frutos la enseñanza sumulística: «Encina sin bellotas» lo llama, y le dice que tiene que enmendarse de tanta perversión la enseñanza, y es lo que hace en su texto, con el cual se inicia en el saber, de manera inmejorable, la primera juventud mexicana, criollos y mestizos.

Y sobre todo hay que incluir, en esta lista, a Tomás de Mercado, quien publica sus *Comentarios lucidísimos al texto de Pedro Hispano* en 1571. Título un tanto vistoso, que tal vez suena pretencioso, pero que corresponde a la luminosidad de las explicaciones del dominico sevillano-mexicano. Donde el Hispano ponía toponímicos españoles, él habla de la gran ciudad de México, mucho mayor que Sevilla, dice, en la que se vendían tales o cuales animales o frutos tan diferentes. Hasta que después de estudiar en Salamanca y enseñar en Sevilla, vuelve a México, y muere en el mar, de esas malas fiebres que mataban

a los navegantes, y es sepultado en el agua, a la vista del blanco puerto de San Juan de Ulúa, en las costas veracruzanas. Lacónicamente dice el relato que acompaña a la lista de los libros que había en el barco: «además cuatro caxones de un fraile llamado Tomás de Mercado que murió en el mar»². En esos cajones venía el texto de Pedro Hispano, ya viajero incansable, expositor de la lógica en tierras que nunca había imaginado, a través de esos incansables profesores misioneros, que lo hacían presente en innumerables partes, en los más insospechados territorios.

Ya que tal es la importancia de las *Súmulas* de Pedro Hispano, que Tomás de Mercado comentó en varias cuestiones acerca de los signos y los términos, veamos algunos de los temas en los que fue más aplicada. Elegiremos, para dar una muestra de su gran competencia, el tratado de los signos y el de los términos metafóricos. En ellos se verá el alto nivel de la discusión.

TEORÍA DEL SIGNO

Mercado tiene un tratado del signo muy notable. Es amplio y riguroso a la vez, pudiendo considerarse como un tratado de semiótica bastante completo. Inclusive tiene una extensión y una profundidad que no se verán en los tratados modernos (como los de Locke, Port-Royal y otros), más pobres, y con temas que sólo serán recuperados hasta fines del siglo XIX y principios del XX, con Charles Sanders Peirce y Ferdinand de Saussure. En pocas épocas se ha visto tal interés por el signo, sobre todo en cuanto tal; quizá por ser un período cercano ya al Barroco, tan proclive al simbolismo. Por eso les interesaba tanto el signo. Pues bien, esta época de Tomás de Mercado, época de símbolos, de metáforas y metonimias, de referencia y sentido, se muestra útil para la semiótica contemporánea, y también para la de nuestra época, tan vacía de sentido, tan desprovista de contenido significativo.

Mercado trata del signo tanto en los *Comentarios lucidísimos al texto de Pedro Hispano*, esto es, las *súmulas* o compendios de lógica, como en el *Opúsculo de argumentos*, que es un apéndice del anterior, donde recoge las discusiones más arduas sobre los más difíciles problemas del arte. En la primera obra, más ligera y para principiantes, expone lo fundamental de la teoría del signo; en la segunda, más profunda y especializada, aborda problemas complicados e interesantes incluso para la semiótica de hoy. Cuestiones como la de si un signo es signo cuando no se sabe que lo es, o cuando no funciona como tal, por

2 F. Hernández del Castillo (comp.), *Libros y libreros en el siglo XVI*, México: FCE - AGN, 1982 (2.^a ed.), p. 510.

ejemplo un obelisco, estela u otro monumento cuyos jeroglíficos no se han descifrado, etc. (*Opusc.*, 7rb)³. Cuestiones muy actuales y de primera línea.

Y esto fue lo que se enseñó en México en el siglo XVI, una enseñanza muy competente y completa. Además, se daba en el curso de artes, al que asistían de manera obligatoria todos los que iban a las facultades mayores: teología, derecho, medicina, etc. De modo que todos, filósofos, teólogos, juristas, médicos, recibían una enseñanza comparable a la de las mejores universidades de Europa, y comparable a la de los versados en la semiótica de hoy. Veamos brevemente en qué consistía.

NATURALEZA Y CLASES DEL SIGNO

El signo es definido por Tomás de Mercado como aquello que representa algo para alguien (*Opusc.*, 5ra; *CL*, 3vb)⁴. No puede ser más escueta la definición; pero es la misma que se ha recuperado en la semiótica más reciente. Es la de Peirce, quien conocía bien estas doctrinas. El signo era después dividido. La primera división es en signo formal y signo material o instrumental (*Opusc.*, 5rb). El primero, el signo formal, es un tipo de signo único; no sólo muy especial, sino singular. Era el concepto como signo. El concepto o especie, ya sea sensible, ya imaginativa o intelectual, es algo *por lo cual y en lo cual* conocemos lo que conocemos. No se me ocurriría buscar el color del concepto que tengo, o si tiene una mancha, como en los lentes, o como cuando he sido operado de los ojos y alcanzo a ver esas pequeñas motas que alcanzo a ver al moverlos. De esa manera se me perdería lo que estoy viendo, por atender a aquello en lo que lo veo. Así es el signo formal. Toda su intencionalidad, todo su ser es desaparecer o esconderse él mismo para dejar lucir y ostentarse aquello que muestra, que ofrece. Por esa humildad y abajamiento respecto de sí mismo y con ese servicio hacia aquello que significa, resulta ser el signo más perfecto. A saber, es el signo que se muestra más como signo y menos como objeto. Aunque no todo objeto es signo, todo signo es objeto. Pero mientras menos se vea como objeto, más se verá como signo. Mientras su carácter de objeto entorpezca menos su carácter de signo, será un signo más perfecto. Y esto ocurre con el signo formal, a saber, los conceptos; solamente ellos. Algunos autores de ese tiempo, sobre todo de finales del siglo XVI y principios del XVII, quisieron añadir como ejemplo de signo formal, de este

3 Así citaremos el *Opusculum argumentorum*, que, con paginación independiente, viene como apéndice de los *Commentarii lucidissimi in textum Petri Hispani*, Hispali: Fernando Díaz, 1571.

4 Con *CL* nos referiremos a los *Commentarii lucidissimi*, citados en la nota anterior.

signo tan cabal y trabajador, al espejo; pero no fue aceptado por todos. Tal vez se tratara de poner el espejo como signo formal —por ejemplo, esto puede verse en un novohispano un poco posterior, del siglo XVII, fray Francisco Naranjo— porque el espejo fue la obsesión de la época, como lo será de manera eminente en el barroco. De hecho, los escolásticos compararon el concepto o especie con el espejo⁵. Y es que *species* era el aspecto, lo que se veía de la cosa, su parte vista. Y de ella viene *speculum*, espejo, de la cual proviene *speculatio*, especulación o teoría, la contemplación de la realidad, del cosmos natural y político, que se veía de manera especular, como en un espejo.

La otra parte de la división a la que hemos aludido, el signo material o instrumental, sólo era aquello *por lo cual* se conocía algo, no *en lo cual*, y se caracterizaba porque él sí tenía que conocerse bien como objeto para poder ser captado como signo. Este tenía menos parte de signo y más parte de objeto, a diferencia del formal. El signo más signo es menos objeto, como éste; y el más objetual era el material o instrumental. Tenemos que verlo, primero, para poder pasar a su significado.

Este signo, el instrumental, el que tiene más objetualidad que significatividad, que incluso requiere de una objetualidad material, era, a su vez, dividido en tres: signo natural y signo artificial o convencional, a los que solía añadirse el signo consuetudinario (*Opusc.*, 7va).

El signo natural ha vuelto a ser estudiado con atención sólo recientemente, por la escuela norteamericana de Peirce, hasta Charles Morris y Thomas Sebeok, así como por otra línea, la de Adam Schaff y sus seguidores. Para Tomás de Mercado, en la línea escolástica, el signo natural era aquel que tenía con lo significado un vínculo establecido por la naturaleza, una relación directa, inclusive de causa o de efecto (*Opusc.*, 8ra-b). Ejemplos de estos signos naturales son el humo, que significa el fuego; la nube, que significa la lluvia; la huella en el suelo, que significa el paso de un animal. A veces se ponían como ejemplos la risa, como signo del gozo (aunque sabemos que hay risas que no son de alegría, sino de miedo o nerviosismo); el llanto, como signo de tristeza (aunque sabemos que se puede llorar de alegría); y el gemido del enfermo, como signo del dolor (éste sí de manera inequívoca), etc.

Lo más importante que se ve aquí es que en el signo natural el vínculo entre significante y significado está dado por la naturaleza. Y viene un signo intermedio entre el natural y el artificial, que es el signo consuetudinario, es decir, por costumbre o habitual, basado no en la naturaleza ni en la conven-

5 Cf. el tratado del maestro en la Universidad Javeriana de Santa Fe de Bogotá, Juan Martínez de Ripalda (1641-1707), *Los principios de la intelección humana*, ed. de G. Marquín Argote, Santafé de Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 1998, p. 66.

ción, sino en el hábito, que era visto como una segunda naturaleza. El ejemplo era el mantel que, cuando se pone sobre la mesa, es signo de que pronto se tendrá la comida; y esto no es un signo natural puro, pero tampoco es mera culturalidad, sino algo mixto. La necesidad natural se manifiesta porque la higiene postula el uso de mantel, entre otras cosas; pero es también en parte cultural, porque hay pueblos que no usan mantel. Otro ejemplo eran racimos de uva en las puertas de las tabernas, como signo de que ya se estaba vendiendo el vino nuevo, producto de la reciente vendimia. Y esto tenía parte de naturalidad, pues el vino proviene de la uva; pero se necesitó que fuera en parte producto de la costumbre, algo consuetudinario, como consuetudinarios eran a veces los borrachos que acudían a las tabernas. El signo consuetudinario era, pues, híbrido, mestizo; estaba entre el natural y el convencional (*CL*, 4vb-5ra). Pero Mercado, siguiendo a su maestro Soto, trata de reducirlo al natural, pues la costumbre o hábito es como una segunda naturaleza. Y es un signo importante, pues se acerca al icono, de la semiótica de Peirce, que en la actualidad se pone entre el índice (que es natural) y el símbolo (que es puramente artificial), para capturar su carácter intermedio. Ni puramente natural, ni puramente cultural, sino parte y parte. Es un signo que nos haría entender mejor el conocimiento, a nosotros que en la actualidad nos vamos hacia un naturalismo muy simplista o a un culturalismo exagerado increíble e inaceptable.

Además, Mercado pone al final el signo artificial o convencional (es el símbolo en la acepción que le daba Aristóteles de signo arbitrario, y que así fue retomado por Peirce); es el signo puramente construido, convenido por los hombres, que es el que ordinariamente usamos, como el lenguaje, el signo lingüístico (*CL*, 5ra). Hay muchos signos parecidos, como campanas, banderas, tambores, silbatos, etc., pero el lenguaje es el que nos resulta más conocido, por eso es por antonomasia el signo convencional. Y aquí es donde embona la semiótica con la lógica, pues la lógica hace por excelencia uso del signo lingüístico.

EL ORIGEN DEL LENGUAJE

En este punto, Mercado se plantea el curioso problema del origen del lenguaje, esto es, si puede verse como algo natural o como algo arbitrario (*CL*, 5va-6ra). En las sùmulas menciona a Platón y a Publio Nigidio como sostenedores de la naturalidad del lenguaje, y a san Agustín y san Jerónimo como defensores de la tesis arbitrarista o de la artificialidad del signo lingüístico, que es también, como sabemos, la de Aristóteles. Nos parecerá ocioso este problema, pero es lo que se ha planteado Noam Chomsky, con su innatismo del lenguaje, esto es, como un *a priori* de contenido, no sólo de estructura; y, por otro lado, los defensores de Saussure, que insisten en la arbitrariedad de los lenguajes. Obviamente, Mercado

opta por la tesis artificialista, que es la del Estagirita, y que ahora es la más seguida en semiótica. Se ve lo que actualmente nos toca en la polémica entre Chomsky y Skinner, y entre éste y Piaget acerca de la génesis del lenguaje en el niño. El argumento de Mercado para probar la arbitrariedad del signo lingüístico es que, si éste fuera natural, todos los seres humanos tendríamos uno y el mismo lenguaje (CL, 6ra). La diversidad de las lenguas nos atestigua que el signo lingüístico no es natural sino artificial.

En cuanto al problema de si un signo que no se ejerce es signo o no, como la escritura que nadie sabe leer, o incluso las letras de un libro cerrado, esto es, cuando no se lee, Domingo de Soto había respondido que son signos en potencia, que se vuelven signos en acto cuando se descifran o se leen de manera interpretativa (*Sum.*, 4vb) ⁶. Mercado aduce una respuesta un tanto distinta y más sutil. Dice que esos signos están en acto y no sólo en potencia, pues se podría objetar que entonces sólo son signos virtuales, y no en sentido propio. Sólo que aclara que están en acto primero, y no en acto segundo; o sea, en acto incoativo, y no en acto pleno y acabado (o en acto signado y no en acto ejercido), hasta tanto no encuentren un intérprete (CL, 4ra). Y esto es precisamente lo que dirá Peirce: que un fenómeno semiótico o acontecimiento de signo requiere un interpretante, que no es exactamente el intérprete, sino un signo de segundo orden, o metasigno, que se da en la mente del intérprete, como reacción al estímulo sígnico, y que puede ser un concepto, una conducta o incluso un hábito. Signo de segundo orden que desata otro, el cual a su vez desata otro, y así indefinidamente (CP, 2.303) ⁷.

LÓGICA Y SEMIÓTICA

La reflexión sobre el signo que hace Tomás de Mercado está en la línea de Domingo de Soto, profesor en Salamanca. Y es precisamente el tipo de doctrina que prefirió el gran padre de la semiótica contemporánea, Peirce. Encontramos en él definiciones, divisiones y explicaciones que corresponden a las de estos autores. Peirce usó mucho el *Curso de filosofía* de los Conimbricenses, esto es, los jesuitas profesores de Coimbra, en Portugal, editado a principios del siglo xvii. Ellos dependieron mucho de Pedro da Fonseca, contemporáneo de Soto y seguramente influido por él. Es la escolástica ibérica del Siglo de Oro,

⁶ Así citamos las *Summulae* de Domingo Soto, Salmanticae: Dominicus a Portonarii, editio postrema, 1575.

⁷ Citamos así los *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, ed. Ch. Hartshorne - P. Weiss - A. W. Burks, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1931-1958.

en la que se puede ubicar a Mercado, que estudió en Salamanca, y que ya en México había estudiado con discípulos del mismo Soto.

Todo lo dicho nos hace ver la importancia de estas teorías, que parecerían anticuadas y farragosas, y que, sin embargo, son las teorías que alimentan nuestra contemporaneidad. Son las que prefirió Peirce, que era un genio de la lógica y la filosofía del lenguaje, y que supo valorar esta tradición escolástica, a la cual conoció tanto en su vertiente medieval como post-medieval, y que se valió de esos textos alegando que le ayudaban más que Kant y que Hegel a la construcción de su sistema lógico y semiótico⁸. Y ahora están siendo explotadas por sus seguidores, como Umberto Eco y John Deely.

Para elaborar su reflexión sobre el signo, Peirce retomó la tradición escolástica, pues coincidía con su idea central: trabajar la lógica como semiótica. Esta es la idea que se tenía en la escuela salmantina. Y en ella se sitúa Tomás de Mercado, el cual enseñó estas teorías en México, donde en la segunda parte del siglo XVI había una enseñanza de la filosofía de lo mejor del mundo. Y que nos sirve aún hoy en día.

LOS TÉRMINOS METAFÓRICOS

Sólo quiero mencionar, como otro botón de muestra de la profundidad de Mercado, muy brevemente, un aspecto en el que las sùmulas de Pedro Hispano ayudaban a la teología. Veamos cómo exponía, al hablar de las propiedades lógicas o semánticas de los términos, justamente en la suposición impropia, el difícil tema de la metáfora, y daba un ejemplo de interpretación simbólica de la Sagrada Escritura. El ejemplo era «Vence el león de la tribu de Judá», que viene en el *Apocalipsis*⁹.

«Vence el león de la tribu de Judá», y dice Mercado que es aquí aplicado a Cristo. En efecto, Cristo es el león fuerte, el león que vence a ese otro león que rugiendo merodea en busca de quien devorar, a saber, el demonio tentador, que agita nuestras pasiones. Ya no estará expuesto el hombre a ese león. Hay otro más fuerte, Jesucristo, que lo ha vencido. Y para entender eso, la lógica nos enseña a manejar la suposición metafórica. Cuando usamos una metáfora —explica Tomás de Mercado—, «el término en la voz supone impropriamente, porque significa impropriamente; pero [también] en la mente, porque se toma [así] voluntariamente» (*Opusc. Arg.*, 16vb). Es decir, la metáfora tiene un senti-

8 Cf. M. G. Murphey, *The development of Peirce's Philosophy*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1961, pp. 56 y 158.

9 *Apoc.*, 5, 5.

do y una referencia impropios, según lo sostienen hoy en día tanto Ricoeur como Davidson. Esto nos hace comprender que Cristo es como un león victorioso. León victorioso aun en la cruz, a pesar de que allí parece vencido, pobre y llagado, en su derrota. Cristo león, a pesar de su debilidad; león de Judá, vencedor de la muerte y de nuestra miseria humana. Cristo león, a pesar de su humildad y su mansedumbre, o tal vez precisamente por ellas; temible como un león, porque con su amor vence nuestra fuerte resistencia; Verbo de Dios, de movimientos ágiles y terribles. León de Judá, vencedor de todo mal; y, paradójicamente, manso y humilde de corazón. A un tiempo ágil y fuerte. Como un león. Y todo esto nos lo hace comprender la lógica, la semiótica, que penetra hasta la alegoría y la metáfora, que era llevada por aquellos maestros escolásticos, como Pedro Hispano, Domingo de Soto y Tomás de Mercado, hasta tocar lo más sutil y afectivo, hasta rozar, con la razón, el misterio.

CONCLUSIÓN

Aquí es donde veo yo la paradoja de la razón humana. Rica y menesterosa a la vez, científica y mística. Como lo expresa el título de aquel célebre libro de Bertrand Russell, *Misticismo y lógica*; pues, en verdad, la lógica y la mística se tocan; como lo hicieron en ese discípulo suyo, Ludwig Wittgenstein, que hablaba de lo lógico y lo místico (*das Mystische*), y que se le juntaban en la vida, y a veces decía que lo lógico era poco, y poco importante para vivir; mientras que lo místico, esto es, lo que no se puede decir sino sólo mostrar, es lo que abarca más sectores de nuestra vida, y resulta lo más interesante de ella. Como aquel misterioso filósofo medieval, Juan Gerson, canciller de París, que se me antoja tan parecido a Wittgenstein, autor de tratados de lógica, como uno dedicado al significado de las proposiciones, y tratados espirituales como una teología mística teórica y práctica, y al que llegó a atribuírsele la *Imitación de Cristo*. A esta gente perteneció Pedro Hispano, profesor de lógica; a ellos pertenecieron también Domingo de Soto, Alonso de la Veracruz, Tomás de Mercado.

Estas gentes fueron misioneros del evangelio y del saber, de la religión y de la razón, en caminos de paradoja, como reza el título de un libro de Quine (*Ways of Paradox*). Ambas cosas las llevaban los frailes españoles, de esa Salamanca que repetían, como en un espejo, en los colegios y universidades de América, que calcaban no sólo su legislación, y pedían parecidos privilegios, sino también, y sobre todo, por el alto nivel académico que reprodujeron, también como en un espejo, al otro lado del mundo.